

BEGOÑA AMEZTOY

EL SUEÑO DE  
ORIÓN

algaida

## Annotation

Tras una inusual entrevista de trabajo, Olga es contratada por Víctor Motta para viajar a Berlín y traducir un manuscrito copto. Pero las peculiares circunstancias que envuelven esta tarea no son más que el principio de una cadena de extraordinarias vicisitudes, tanto por la naturaleza del manuscrito, que parece custodiar un mensaje intemporal sobre el destino del ser humano, como por la personalidad de Víctor Motta, que a partir de ese momento quedará vinculado al destino de la propia Olga. Secretos ancestrales y el enigma no menos insondable del ser humano —como especie y como individuo— se entremezclan en esta nueva y cautivadora novela de Begoña Ameztoy.

- 
- [BEGOÑA AMEZTOY](#)
  - [Sinopsis](#)
  - 
  - [I](#)
  - [II](#)
  - [III](#)
  - [IV](#)
  - [V](#)
  - [VI](#)
  - [VII](#)
  - [VIII](#)
  - [IX](#)
  - [X](#)
  - [XI](#)
  - [XII](#)
  - [XIII](#)
-

# BEGOÑA AMEZTOY

*El sueño de Orión*

*Algaida*

## Sinopsis

Tras una inusual entrevista de trabajo, Olga es contratada por Víctor Motta para viajar a Berlín y traducir un manuscrito copto. Pero las peculiares circunstancias que envuelven esta tarea no son más que el principio de una cadena de extraordinarias vicisitudes, tanto por la naturaleza del manuscrito, que parece custodiar un mensaje intemporal sobre el destino del ser humano, como por la personalidad de Víctor Motta, que a partir de ese momento quedará vinculado al destino de la propia Olga. Secretos ancestrales y el enigma no menos insondable del ser humano —como especie y como individuo— se entremezclan en esta nueva y cautivadora novela de Begoña Ameztoy.

Autor: Ameztoy, Begoña

©2010, Algaida

ISBN: 9788498774382

Generado con: QualityEbook v0.73

«Solo quien levantó el velo de la diosa conoce  
el secreto: todas las mujeres se parecen a ella,  
pero ella no se parece a ninguna».

*Canto a Isis.*



Sonrió al enfilar la calle. La luminosidad de la mañana y aquella brisa suave consiguieron despejar sus últimas dudas. Era uno de esos días típicos de la primavera de Madrid. Algo fresco, pero lleno de sol.

Comprobó el número antes de entrar. El edificio donde el gran jefe tenía su despacho era una construcción decimonónica de piedra gris azulada en pleno corazón de la Milla de Oro. Respondió al saludo de Lucía con total cordialidad. Intercambiaron frases intrascendentes antes de pasar a la sala de espera. La imaginaba así, amplia, luminosa, decorada con un gusto exquisito. Demasiado elaborado, quizás, para tratarse de un lugar de paso. Pero perfectamente en consonancia con el relieve social de Víctor Motta.

Tenía tiempo de mirarse en el espejo antes de que la secretaria volviera. Una mirada desprovista de coquetería. Llevaba un maquillaje apenas perceptible, discreto, adecuado para una entrevista de trabajo, pensó deteniéndose en su imagen impecable. Todo era correcto. El beige perlado de los labios, el toque dorado en los pómulos y un verde matizado muy tenue sobre los párpados. Sí, perfecto. Una guedeja de su melena oscura asomó por el ángulo del rostro, reflejándose en el espejo. La apartó con cuidado y peinó sus pestañas con un gesto de los dedos.

Cerró el estuche de maquillaje escuchando ya los pasos de Lucía.

—El señor Motta te espera.

Víctor Motta estaba de pie en medio de la habitación con la mano extendida. Era un hombre de unos cincuenta años, atractivo, de rostro anguloso. Había en su mirada una extraña dureza. Como si nunca hubiera creído en la inocen-

cia. O peor aún, como si estuviera dispuesto a dejarse corromper en cualquier momento.

—Buenos días, Olga.

—Buenos días, señor Motta.

—Prefiero que me llames Víctor, siéntate —sonrió indicándole un sillón isabelino mientras ocupaba el suyo detrás de una mesa de caoba. Después presionó el interfono—. Voy a estar ocupado, Lucía. No me pases llamadas —la observó detenidamente frotándose las manos como prelude de una conversación preparada de antemano—. Eres más guapa que en la fotografía —dijo con un gesto equívoco.

—Gracias.

—Sí, más atractiva —añadió—. No es un cumplido. Al contrario, yo diría que es un pequeño inconveniente.

—¿Cómo? —tal fue la sorpresa de Olga que no pudo evitar que su bolso cayera al suelo.

—Tranquila —dijo Víctor Motta—. Vamos a hablar sin sobresaltos.

—Perdón —recogió su bolso con rapidez—. Pero me ha sorprendido su comentario. Me siento muy preparada para este trabajo y eso es lo único que nos debe interesar a los dos.

Motta asintió sin prestarle atención. Había en ella algo más inquietante que su aplomo o su aparente indiferencia.

—Es cierto —hizo un breve silencio—. Tienes un buen expediente profesional, pero estoy obligado a decírtelo —tomó un bolígrafo entre los dedos y comenzó a jugar con él—. En esta empresa está prohibido mezclar los negocios y las emociones.

Olga asintió.

—De acuerdo, comprendo.

—Me alegro —le seguía pareciendo extraño que buscara su mirada—. ¿Has hablado con Lucía de los viajes, de los desplazamientos...?

—Sí, de todo. Estoy informada.

—¿Y qué te parece?

—Me parece un privilegio trabajar con usted en este proyecto tan importante.

—Importante y confidencial. ¿Has leído la cláusula de confidencialidad del contrato?

—Por supuesto.

Motta se echó hacia atrás en su asiento ensayando un gesto más distendido. Tal vez había empleado demasiada solemnidad en sus comentarios.

—Hablas correctamente inglés y alemán.

—Sí.

—*Warst du schon einmal in Berlin?*

—*Ja, klar! Diese Stadt kenne ich gut. Ich wohnte dort zweieinhalb Jahre und habe schöne Erinnerungen.*

—Muy bien, buena dicción —se cruzó de brazos como si con ese gesto iniciara una nueva fase de la entrevista—. ¿Cuál crees que va a ser tu cometido en el proyecto?

Era algo que Olga desconocía, pero estaba segura que tenía que ver con aquella extraña prueba que le hicieron en la primera entrevista. No solo debía descifrar y traducir varios jeroglíficos, también tendría que razonar su solución redactando un texto lo más literario posible. Sin duda una prueba desconcertante.

Como si adivinara sus pensamientos, Motta añadió.

—Tu relato explicativo del jeroglífico del caballo y el delfín fue extraordinario, verdaderamente original —insistió.

—Gracias. Es muy amable.

—¿Escribes habitualmente o has publicado algo?

—No —negó moviendo la cabeza— pero tengo una cierta capacidad discursiva y los jeroglíficos los he descifrado desde niña sin ningún esfuerzo.

—¿Ah sí?

Olga respondía con brevedad y precisión. Como si no olvidara que en ningún caso debía rebasar la línea que Víctor Motta le había trazado. El también era consciente de su

precavida actitud. Jamás se interesaba demasiado por la vida privada o las circunstancias personales de sus empleados. Sin embargo, parecía desear conocerlo todo de aquella mujer.

—Me interesa lo que dices de los jeroglíficos.

Sobre la mesa descansaba el *dossier* profesional y el informe de los expertos que la habían examinado. Lo tomó entre las manos aparentando curiosidad por aquel veredicto.

—No recuerdo tu coeficiente intelectual...

Olga hubiera preferido enseñarle el perfecto estado de su dentadura. O su sonrisa, ¿por qué no?

—Ciento setenta —dijo.

—¿Entonces estás considerada como superdotada?

—Sí, claro.

Carraspeó. ¿Qué otra cosa podía hacer? La imbécil de Lucía no se lo había advertido. Nadie se lo había advertido.

—Bien —siguió leyendo los datos consignados en el informe: Edad, treinta y cinco años, divorciada, sin hijos.

—Sí —murmuró.

—No eres tan joven —continuó sin levantar la vista.

—Depende para qué.

Motta simuló no haber escuchado su comentario.

—Divorciada, supongo que sin conflictos judiciales por medio. O personales —añadió.

Aquella precisión tal vez no fuera necesaria. Pero seguro que Motta podía justificarla perfectamente.

—Nunca tengo conflictos con nadie.

—Eso es poco creíble —dijo mirándola de nuevo con intensidad—. Alguna vez habrás tenido un desencuentro o un malentendido.

Olga parecía bien adiestrada. Seguía sin mover un músculo.

—Naturalmente.

—¿Y cómo lo solucionas? —preguntó dispuesto a llegar hasta el final.

—Siempre espero que se solucione por sí solo.

—No entiendo.

Olga sonrió levemente.

—Sí. Desaparezco y espero.

Motta era un tipo impaciente. Cuando quería las cosas y las respuestas, las quería de inmediato.

—Es absurdo. Le das ventaja a tu adversario.

—No. Dos acciones enfrentadas generan retraso y dilación en los acontecimientos. Los acontecimientos deben ocurrir por sí mismos.

—¿Quién dice eso?

—Un manual muy elemental.

—¿Qué manual?

—*El arte de la guerra*, de Sun Tzu. Estrategias del arte de la guerra. Siglo V antes de Cristo, más o menos.

Motta percibió que de una manera sutil ella parecía hacerse dueña de la situación. Era el interés que él mostraba lo que la fortalecía. Decidió terminar la entrevista. Tal vez habría ocasión de profundizar en Berlín. O no. Tampoco era tan irresistible como ella creía. Cerró el expediente con una cierta brusquedad.

—Bueno... Seguramente podremos continuar esta conversación —se levantó tendiéndole la mano de nuevo—. Muy bien, Olga. Bienvenida a esta empresa.

Olga le imitó sin poder ocultar su decepción. Apenas se miraron. Los dos sabían que aquella despedida repentina no estaba en el guión. Apretó la mano que Motta le tendía.

Y entonces ocurrió. De pronto, de una manera inexplicable, Olga sintió una descarga eléctrica, intensa y breve. Con total nitidez. No fue una impresión equívoca ni una alucinación. ¿Qué había ocurrido? Era absurdo imaginar que el contacto con la piel de aquel hombre pudiera producir ese efecto. ¿Quizás había presionado algún tendón de su muñeca? Estaba tan desconcertada que ni siquiera reparó en su despedida.

Motta la acompañó hasta la puerta sin un solo gesto que ella pudiera interpretar. Continuaba aturdida cuando se encontró con Lucía en el recibidor. Debía concentrarse en lo que la secretaria le decía.

—¿Qué tal? ¿Qué te ha parecido Víctor?

—Bien... sí.

—El lunes te recogerá el coche en tu casa a las 7,45. Serán tres días. Debes llevar lo imprescindible, incluido un vestido de cóctel... discreto —añadió.

—Entendido.

—Para cualquier precisión puedes llamarme. ¿Tienes mi móvil, verdad?

—Sí, sí...

—¿De verdad, todo está bien?

—Claro, todo perfecto —respondió aparentando naturalidad—. Víctor es encantador. Estoy muy contenta. Gracias Lucía, tengo tu móvil, por supuesto.

Salió a la calle dispuesta a reflexionar sobre lo ocurrido. A pesar de todo, reconoció que aquella descarga eléctrica no había sido una sensación desagradable. Al contrario, parecía tratarse de un reconocimiento mutuo, una llamada de atención. Como si él quisiera decirle: «¡Mírame! Me has encontrado, estoy aquí. Soy todo lo que tú esperabas».

Por primera vez en su vida, estaba segura de no equivocarse. Y ella no podía desatender una clave tan evidente.

Consultó su reloj intentando evadirse de aquella extraña sensación que parecía no querer abandonarle. Era casi la una del mediodía. Comería cualquier cosa. Al fin la comodidad reconquistada de vivir sola. No tenía que responder por nadie.

Dueña de su mundo, de su vida. Podría dormir una buena siesta después de una noche bastante agitada. La necesitaba. Además de la entrevista con Víctor Motta, Ger-

mán, su ex marido, había vuelto a llamarle casi a la una de la madrugada. Estaba harta de sus llamadas intempestivas. Había pagado un precio muy alto por aceptar aquellos tres años de convivencia a su lado.

Nunca estuvo enamorada de él. En realidad nunca estuvo enamorada de nadie. Muchas veces pensó que eso le ocurría a mucha gente. Que las personas solo conseguían enamorarse en la ficción que necesitaban crear para sobrevivir. Por eso existían tan pocas parejas felices. Al contrario, parecían caminar con un fondo de amargura en sus miradas. Pensaba a menudo en los encuentros amorosos que mantendrían. Se preguntaba cómo comenzarían sus caricias. De qué sensaciones se alimentaría el tacto de sus manos, con qué grado de emoción recorrerían sus dedos la piel que decían amar. Qué recuerdos evocarían antes de unirse, de fundirse, de absorberse y de penetrarse. Tal vez sus miedos y sus soledades eran la causa que les unía. Ella solo podría enamorarse de alguien que conociera el secreto. De alguien que supiera cuál era la razón profunda de su amor.

Se unió a Germán Uriel en un momento de debilidad. Cuando conoció su nombre, creyó que era un auténtico mensajero. Porque de una manera inconsciente, Olga Mayoral siempre había interpretado los hechos como señales y advertencias. Claves que habían marcado su vida desde la niñez. Esa fue la verdadera razón por la que eligió a aquel hombre como el enviado que marcaría definitivamente su destino. Entonces no sabía que los mensajeros en ocasiones no lo parecen. Nada en ellos, y menos que nada, sus nombres, delatan su procedencia. Incluso a veces, se revisten de las apariencias más toscas.

Y sin embargo, a pesar de cometer el error por ignorancia, fue castigada. El orden que guarda los mundos no

admite errores.

Abrió la puerta mientras escuchaba el sonido apremiante del teléfono. A esa hora no podía ser Germán. Seguro que aún estaba durmiendo la borrachera del día anterior. Se aproximó con rapidez y descolgó temiendo no llegar a tiempo.

—¿Sí?

—Soy Regina, ¡por fin te localizo!

—¿Me has llamado antes?

—Sí, tenías el móvil desconectado.

Había olvidado conectarlo después de la entrevista con Motta. Su prima no se prodigaba demasiado con ella. Debía ser importante.

—Ya. ¿Ocurre algo?

—Tienes que venir a ver a la tía Dora.

—¿Qué pasa?

—Está muy mal —calló un instante y no pudo disimular un cierto tonillo— ...Y pregunta por ti.

—De acuerdo. ¿Estás ahora con ella?

—Sí, y Gaby también. Estamos las dos.

—Voy enseguida.

Fue rápidamente a su habitación. Cambió su traje de chaqueta por un vaquero cómodo y una cazadora juvenil negra brillante. Se le había quitado el apetito, pero comería algo antes de salir en previsión de que la visita fuera más prolongada de lo que esperaba.

Una desagradable visita que le transportaba de un tiempo a otro. De un presente prometedor y lleno de expectativas, a un pasado oscuro que necesitaba olvidar para siempre. Sin embargo era una ocasión excepcional. Nunca se debe desatender la llamada de un moribundo.

Bajó del taxi un poco antes de llegar al portal. Con suerte conseguiría evitar la presencia del portero. Pero fue inútil.

—Señorita Olga.

Era la voz de Carlos. La había visto llegar y acudía sofocado desde la esquina.

—¡Ah! ¡Hola, Carlos!

El portero no perdió un segundo en facilitarle todos los datos.

—Parece que la señora no está bien. Ya lo sabe usted, ¿verdad?

—Sí, eso me han dicho. Perdóneme Carlos, pero voy a subir enseguida.

—Claro, claro —caminó junto a ella sin darse por aludido, como si tuviera algo importante que añadir—. Usted... usted ya sabe...

Olga se detuvo en seco frente a él. Le conocía desde niña. No era ajena a un cierto afecto que seguramente le profesaba.

—¿Qué me quiere decir, Carlos?

Carraspeó buscando las palabras adecuadas.

—Usted sabe que yo la aprecio.

—Lo sé, Carlos, y se lo agradezco.

—La señora también la quiere —rectificó— bueno, siempre la ha querido mucho.

—También lo sé —respondió impaciente.

Carlos la miró despacio. Sus ojos pequeños y algo achinados, expresaban toda la premura del momento.

—Cuando digo que la señora siempre la ha querido mucho, quiero decir que la ha querido más de lo que siempre ha demostrado.

—Ya —respondió extrañada pero sabiendo que continuaría hablando.

—Y por esa lealtad que la señora le tiene, le diré algo que ni siquiera ella sabe.

Olga se puso en guardia. Si el hechizo se había roto, sin duda el conserje bien podría ser el primer mensajero. Tal vez en este momento tan importante de su vida, hubie-

ra más de un enviado. Olga comprendió de inmediato que algo importante quería revelarle aquel hombre.

—Dígame, Carlos.

No había mucho tiempo. Como si lo hubieran decidido al unísono, se ladearon unos pasos dejando libre la entrada al portal.

—Ayer estuvo aquí el señorito Germán.

Haciendo abstracción del absurdo tratamiento de «señorito» que Carlos se empeñaba en adjudicar indiscriminadamente, Olga no pudo disimular su sorpresa.

—¿Quiere decir... Germán Uriel, mi ex marido?

Carlos se limitó a cabecear con una contundencia que no dejaba lugar a dudas.

—Llegó como usted, en un taxi, y permaneció en la casa algo más de una hora. A la salida le acompañaba la señorita Regina.

Había varias preguntas por hacer, pero desconocía el orden en que debía formularlas.

—Sin duda es muy raro. Pero quizás ha podido enterarse de que mi tía está muy enferma. Al fin y al cabo, era amigo de la familia —Olga hablaba como si recapitulara en voz alta—. ¿Pero por qué dice que la señora no sabe que Germán Uriel estuvo en su casa?

—Porque les escuché hablar.

—¿Cómo? ¿A quién?

El rostro del portero había adquirido una viva tonalidad rosácea.

—Yo estaba en mi garita, ¿sabe? —dijo situando minuciosamente la acción—. Tenía la luz apagada, porque a esa hora acostumbro a echarme un sueñecito.

—Por favor, Carlos, dígame pronto lo que sea, tengo que subir.

—Lo sé, lo sé, perdone, es mi manera de hablar. Pero se lo voy a decir todo muy rápido —se humedeció los labios antes de continuar—. Salían del ascensor, Germán llevaba una carpeta grande en la mano que no traía cuando